

EL MUNDO

Sábado, 27 de agosto de 2005. Año XVII. Número: 5.737.

UVE

Berlín / 'Performance'

Delirio e incertidumbre en el palacio de Honecker

La antigua sede del Parlamento de la República Democrática Alemana se convierte en un chiflado laboratorio artístico

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

En su día fue el orgullo de Honecker y lleva 15 años protagonizando un debate sobre su posible reconstrucción. El antiguo palacio de los Hohenzollern tiene un futuro incierto. Mientras, el decadente y disparatado Volkspalast vive un frenético momento artístico.

Berlín está de moda para las hordas de jóvenes que llegan en los vuelos de bajo coste en busca de algo más que el busto de Nefertiti, los cuadros expresionistas de Die Brücke o los lienzos de Goya.

Ellos también han oído hablar de lo freaky de Berlín, de su arquitectura deslavazada, del underground y de sus ideas de bombero. Como por ejemplo, la de entrar en las ruinas del Palacio de la República, ese coloso de color cobrizo que en su día fue el orgullo de Erich Honecker, y hoy no es más que una ruina a orillas del Spree con los días contados.

Después de 15 años de interminables debates entre nostálgicos conservacionistas y aguerridos defensores de reconstruir el antiguo Palacio de los Hohenzollern en su lugar, por fin se ha dictado sentencia: antes de 2008 empezarán en este descampado -donde se celebraban las impresionantes marchas comunistas de la RDA- un conglomerado de museos, hoteles de lujo, bibliotecas y foros.

¿Habrà que despedirse pues del decadente Volkspalast? Casi 40.000 personas se han adentrado durante las últimas semanas en este amasijo de hierro y cemento con cierto sentido del morbo. Sobre todo en época estival, cuando el palast hace las veces de laboratorio cultural y los turistas pululan a centenares por aquí.

«Pensé que sería mi última oportunidad para entrar antes de la demolición», explica Alex, un estudiante de Hamburgo, que ha desembolsado ocho euros para escalar una performance de tela y andamios, que lleva por nombre Der Berg (la montaña). Este promontorio de 44 metros de altura no puede pasar desapercibido y ya se ha convertido en una de las atracciones bizarras del verano berlinés. Más de 50 artistas han trabajado en esta instalación de utópicas alturas y grotescas formas. El visitante puede elegir entre tres caminos: el papel de peregrino, escalador o filósofo. Si, como Alex, no tiene ganas de adrenalina, ni de romperse la cabeza, elegirá el de los peregrinos. «Escalar es cansino, por eso elegí el peregrinaje».

TENDENCIAS FUNERARIAS

Un peregrinaje que empieza cuando a Alex le invitan a entrar en un autobús cajón donde tiene oportunidad de reflexionar sobre la insoportable levedad del ser entre parada y parada. Después de la estación del inconfundible Michael Jackson (que nunca muere), los viajeros tienen que pensar en su propio funeral. Armandine Le Page, directora del Instituto Funerario, invita a sus clientes a sentarse en unos cómodos sillones, para explicarles con gran profesionalidad las últimas tendencias funerarias. «La versión más económica consiste en hacer

fuegos artificiales con vuestras cenizas», pero «las hay más elegantes», añade. Y saca un catálogo con fotos de famosos, que pueden «alquilarse» para el funeral, y «llorando son la mar de convincentes», explica.

Todo esto antes de darle a una palanca, y hacer que a los viajeros, incluido Alex, se los coman las entrañas del palacio. «Esto es lo que siente uno cuando muere», dice Armandine, mientras la fuerza de la gravedad obliga a los peregrinos a desaparecer en un agujero. «Divertida forma de morir», exclama Alex al abandonar el Palacio.

Porque, antes o después, este edificio que se empezó a destripar hace 10 años dejará su lugar a algo más convencional. Su desaparición cerrará el agujero histórico que dejó el Gobierno comunista de Ulbricht cuando, en 1950, voló las ruinas del original, destrozado por los bombardeos aliados. En su lugar, el último mandatario comunista, Honecker, levantó en 1970 este Palacio Popular (la traducción de Volkspalast), sede de conciertos, cines y teatros, y del Parlamento germano oriental.

La tienda de lámparas de Honecker (como fue llamado por su exceso decorativo) servía también para impresionar a representantes extranjeros. Después de 15 años de la caída del Muro, sólo queda el esqueleto. Pero los experimentos culturales y antropológicos que aquí se cuecen atraen incluso a los políticos que van de progres. Es el caso de Gregor Gysi, líder de los poscomunistas. Está visto que, en plena campaña electoral, uno sube a donde haga falta.